

# Después...

Jaime Augusto Shelley



Wall Street, 1867

DESPUÉS DEL *GOLPE DE MANO* llevado a cabo en Paraguay, queda muy claro que el imperialismo yanqui habrá de continuar atacando los brotes de inconformidad en lo que considera sus territorios (América para los americanos). También hay nuevos avisos en la región sudamericana de cómo se puede desestabilizar, en cualquier momento, un régimen que se quiera salir de su control. La exitosa experiencia chilena del golpismo sigue vigente; solo los métodos se han afinado.

No podíamos esperar otra cosa. Las decisiones sobre nuestro destino económico, político y social, se toman en Washington, no en México. La famosa *alternancia*, decidida allá hace doce años como expresión de verdadera democracia burguesa es, en realidad, el embuste más grande: se trata del disfraz de la dominación oligárquica más infame de la época moderna, la llamada globalización que ha resultado en la quiebra de todos los países involucrados en esa política neoliberal.

México no es excepción. Sólo que su raquítica economía interna lo ha salvado de un desplome catastrófico. Los pobres, población mayoritaria, siguen siendo pobres, con apenas algo que llevarse a la boca. Y sin futuro esperanzador a la vista.

No importa quién haya ganado las elecciones, salvo por los matices. Sacar del gobierno a los hipócritas, corruptos, sotaneros sin sotana, para

Protesta en Wall Street, 1916



volver a los *malos ya conocidos*, oportunistas y rapaces, pero eso sí muy institucionales, no traerá consigo sino el relevo de los comisionistas que proponen vender lo último que quede de patrimonio nacional y abrir aún más el mercado a la voracidad de las transnacionales.

No quedaba de otra. Tenía que ganar el candidato que ofertaba el país a los mercados. Lo contrario habría sido la total corrupción de las fuerzas de izquierda o su aniquilación sistemática, por la vía económica, al privar al país por todos los medios a su alcance de recursos monetarios indispensables, cosa que hoy día resulta extremadamente fácil y rápido.

Podemos, entonces, congratularnos de los resultados electorales, amañados o no. Nos hemos salvado por los siguientes seis años de sufrir una guerra, callada pero atroz, signada por el hambre, la guerra sucia y la incertidumbre financiera. La clase media, alta y media alta, debe sentirse feliz en mayor o menor grado (dependiendo más que de sus filiaciones partidistas, de sus contactos personales o empresariales con los nuevos *capos* del gobierno). La corrupción es congénita en México. Nadie escapa. Se es, pasiva o activamente, corrupto en este país, sin salida posible.

La inconmensurable deuda, pública y privada, que deja el gobierno panista es el mayor obstáculo para cualquier gobierno que pretenda hacer cambios, así

sean cosméticos, como dar vales cuando no hay medicinas, o urgentes, como elevar los salarios mínimos y retomar el camino de la autosuficiencia alimentaria. Ni pensar en una política, indispensable, de construcción de refinerías para satisfacer el mercado de los combustibles fósiles; está dicho que se entregará a las transnacionales tal *concesión*.

¿Qué le queda al país en el futuro inmediato?

La esperanza de una recuperación de las economías mundiales, especialmente la norteamericana, que vuelva a darle a la nuestra, tan dependiente de ella, un aliento. Y eso puede tardar. Además, se requiere que seamos *competitivos*, lo que significa mantener los precios de la mano de obra por debajo de China o Malasia, según establecen las proyecciones de los estrategas al servicio de Wall Street. La campaña para llevar a Peña Nieto a la Presidencia, orquestada hace más de seis años por un grupo poderoso de políticos y empresarios, con la decidida participación de algunos medios de comunicación —acaso más poderosos en el campo de la domesticación social que sus mismos empleadores— ha rendido sus frutos. La inversión ha de haber resultado cuantiosa (aunque la mayoría se haya drenado de las arcas públicas). La complicidad con el régimen saliente es manifiesta: sólo se pretendió cubrir sus espaldas, entregar los bártulos del poder implica

aceptar las reglas del juego establecidas y continuar la simulación de una democracia representativa legítima que no es otra cosa que una *timocracia*, perfectamente válida en una sociedad como la nuestra, con un *pueblo*, 80% de la población, sumiso e ignorante; y una burguesía criolla, igualmente ignorante y sumisa, pero *que vive en otro planeta*, que aspira a ser como sus vecinos del norte y odia a los miserables, esos que extienden sus manitas sucias en las esquinas de cualquier avenida, suplicando por unas monedas para no morir de hambre, de frío, de desesperación.

¡Qué católico es este pueblo! ¡Cuánta caridad fluye de sus corazones! Hipócritas indignos es lo que son. Y criminales, sin castigo.

O, ¿Dios no existe?

Da pena, da vergüenza, da asco, vivir en un México así.

Pero no todo son malas noticias. Habrá, como al final de todos los sexenios, muchos nuevos millonarios, gente que se incorpore a la *buena sociedad*, olvidados de las trapisondas y contubernios siniestros,


vestidos de gala y haciendo compras en Beverly Hills y París; un numeroso contingente, feliz, participando de las grandes celebraciones, en Londres, o Río de Janeiro, con inversiones *seguras* en Wall Street y cuentas de crédito sin límite. Un orgullo nacional. Más millonarios en la lista de *Forbes*.

Hace unos días, a una cuadra de mi casa, dos jóvenes en una motocicleta asaltaron a mi hijo de diecisiete años. Le sustrajeron la única pertenencia de valor que traía, su celular, y lo dejaron ir. Doy gracias por ello.

¿Se imaginan?

Sí. Ahora hay que dar gracias por un robo sin mayores consecuencias. Los pobres diablos, *ninis* armados, enfermos de injusticia y explotación, merecen mi agradecimiento por no haber ido más allá de un crimen menor y no haber expresado su rabia ciega, como lo han hecho delincuentes “organizados”, policías y militares con impunidad.

Para mejor entender parte de nuestra presente confusión ideológica, citaré al padre de la economía moderna, Karl Marx:

Dos palabras para evitar posibles equívocos. No pinto de color de rosa, por cierto, las figuras del capitalista y el terrateniente. Pero aquí sólo se trata de *personas*, en la medida en que son la *personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase*. Mi punto de vista, con arreglo al cual concibo como *proceso de historia natural el desarrollo de la formación económico-social*, (yo) menos que ningún otro, podría responsabilizar al individuo por relaciones de las cuales él sigue siendo socialmente una criatura, por más que subjetivamente pueda elevarse sobre las mismas.<sup>1</sup> 

<sup>1</sup> Prólogo al primer tomo de *El Capital*, Londres, 25 de julio de 1867.

Beverly Hills, principios del s. xx

